Aurelio y Plaucio, aunque inmóbiles y espirantes, escucharon aquel golpe.

¿Eran los encargados por Olinto que llegaban para salvarles, ó algun obstáculo mas que se ponia á la puerta?

Los moribundos presos enviaron una lánguida mirada hácia ella, conservando aun la dulce esperanza de que se abriese.

Pero aquella esperanza se desvaneció bien pronto.

El ruido habia sido causado por una enorme piedra que fué rodando hasta la puerta.

Era la pesada losa que tapaba su sepulcro.

Los dos hermanos, sin poder hablar, se estrecharon la mano para despedirse, y pronunciaron entre dientes estas palabras:

—¡Perdon, Dios mio!.....

Cuando se hicieron las escavaciones de esta prision, situada al oeste del templo de Júpiter, los esqueletos de dos hombres se encontraron en ella. Sus piernas estaban aun sujetas por los terribles grillos de fierro con que espiraron.

Todo es desolacion, muerte y ruinas.

Cada casa se convierte en nicho de algun desventurado, y la ciudad entera en un panteon.

Los edificios son los sepulcros en que quedan enterradas todas aquellas personas que se detienen por un momento para salvar sus riquezas.

El espanto que reina por todas partes es indescribible.

La tierra, con frecuentes sacudimientos, amenaza abrirse bajo los piés para ser la tumba de los que sobre ella marchan: las abrasadoras cenizas que oscurecen el cielo, amenazan ser la losa de esa tumba.

Ione y Glauco, buscaban en medio de aquella escena de horror y de espanto, á Nidia.

Inquietos por la suerte de esta, habian retrocedido, extraviándose mil veces en su marcha.

Las cenizas habian dado á la superficie de la tierra una apariencia asquerosa, semejante á la de la lepra.

En algunas partes estaba cubierta de escorias y de rocas amontonadas, de debajo de las cuales se veian salir los miembros de los desgraciados aplastados en su caida.

Algunas veces, los gritos de las mugeres ahogaban los gemidos de los moribundos, que espiraban desesperados, sin que nadie pudiese llevarles socorro ninguno en medio de aquel espantoso desastre.

El número de las víctimas se aumentaba por instantes.

Pero lo que se sobreponia á todos los demas ruidos, era el producido por las terribles explosiones de la montaña, de donde salia continuamente un diluvio de cenizas y vapores pestilentes y sofocantes.

Ione se sentia desfallecer.

La vista de tantos obstáculos habia matado su esperanza.

De repente se detuvo pálida y sin aliento:

—¿Qué tienes, hermosa Ione?—le preguntó sobresaltado su amante.

—¡Glauco, huye tú solo..... déjame morir aquí!..... ¡Ya no puedo mas!..... Pero que espire al menos con el gusto de pensar que tú te salvas!.....

—¡Ione, querida Ione, recobra tu valor!..... Dios, que nos ha protejido hasta aquí, no nos abandonará. ¡Abandonarte yo!..... ¡Ah!..... nunca: si tú te quedas, me quedaré contigo para morir á tu lado. ¿De qué me serviria la vida sin tí, con el remordimiento de haberte abandonado?.....



—¡Cuánto me amas!

—Con todo mi corazon, Ione; sí, con todo mi corazon; y Dios no querrá que tú perezcas cuando yo anhelo que le conozcas como yo tengo ya la dicha de conocerle. Dirijámonos, pues, á El, con confianza.

—Sí.

—¡Ah!..... Mira; ahí se descubren nuevas antorchas. Son de algunos fugitivos que van á pasar por aquí. Procuremos unirnos á ellos.

Como si la montaña hubiese tratado de reanimar el valor de Ione, en aquel momento dejó de vomitar la muerte, y la atmósfera recobró su primitiva tranquilidad.

—Aproximémonos á la mar—pronunció la voz del que conducia el grupo que Glauco veia acercarse.—Libertad y riquezas á cada esclavo que sobreviva á esta jornada. Los dioses me han prometido salvarnos. ¡Marchemos!

La roja luz de las antorchas envió su siniestro resplandor sobre el pálido rostro de Ione, á quien Glauco sostenia en sus brazos.

En el grupo que se acercaba, se veian varios esclavos cargados de canastas y cofres sumamente pesados.

A la cabeza de aquella gente iba un personaje de altiva presencia.

Glauco fijó los ojos en él.

Un frio temblor estremeció todos sus miembros al descubrir su rostro.

Aquel hombre era Arbace.

Glauco trató de no ser visto; pero el resplandor de las antorchas que bañaban su rostro y el de Ione, le presentaron á la vista del egipcio.

—¡Bendigo á los dioses!—exclamó Arbace con satánico placer.—El destino me sonrie en el seno del dolor y de la muerte. Glauco, retírate: yo reclamo mi pupila Ione.

—¡Traidor y asesino!—dijo Glauco con firmeza.—Ione no te pertenecerá nunca. A mí es á quien ese Dios de quien tú blasfemas, ha encomendado su cuidado.

—¿A tí?

—Sí. El me ha dado fuerzas para sacarla de la prision en que la habias encerrado, y me las dará tambien para defenderla de su verdugo.

En el rostro y en la mirada de Arbace se pintaron la ira y la venganza.

Ione tembló.

Glauco la estrechó contra su corazon.

La incendiada montaña se elevaba como una gigantesca hoguera en medio de las tinieblas, y presentaba dos cimas.

Parecian dos demonios que se disputaban el imperio del mundo.

Pero entre tanto que la cumbre tomaba un color de sangre, el pié de la montaña se veia aun sombrío y velado, excepto en tres puntos, donde corrian serpenteando arroyos de lava fundida.

Estos arroyos, de un rojo oscuro, corrian lentamente en la direccion de Herculano.

Ante aquel espectáculo, los esclavos de Arbace dejaron escapar un grito de espanto y se cubrieron el rostro.

El mismo Arbace quedó inmóbil y mudo contemplando aquel imponente espectáculo.

Detras de él se elevaba una alta columna, encima de la cual descansaba una estatua de bronce representando á Augusto.

El retrato imperial parecia un espectro de fuego.

Solo Glauco no perdió su serenidad.

La fe en Dios y el deseo de salvar á Ione, le hicieron olvidar todos los peligros.

El jóven ateniense estrechaba con su brazo izquierdo el talle de su amada, mientras en la mano derecha empuñaba el punzon con que debió haber combatido contra el leon.

Lleno de esperanza y de valor, esperaba á pié firme el ataque del egipcio.

Despues de haber observado la montaña y recobrado ya su calma, Arbace volvió á fijar su mirada en Glauco.

Al notar su imponente actitud y su resolucion, vaciló.

De repente dijo para sí:

—¿Por qué titubear?..... El peligro que me habian anunciado los astros ha pasado.—Y reanimado con esta observacion, añadió en voz alta:—El alma puede despreciar el naufragio del mundo y los enojos de los dioses imaginarios. Pues bien; por el valor, por la fuerza de esta alma indómita, es, Glauco, por la que os venceré siempre.

—Acércate, y veremos quién vence—exclamó el jóven ateniense.

—Sí, vas á verlo—respondió el egipcio.—A mí, esclavos, á mí.

Al pronunciar estas palabras, Arbace avanzó un paso.....

Fué el último que pudo dar sobre la tierra.

El suelo tembló con tal violencia, que cuanto se encontraba de pié fué á dar al suelo.

La columna y la estatua imperial rodaron, y al caer se hicieron mil pedazos.....

Cuando Glauco volvió de su aturdimiento, producido por aquella catástrofe que le habia amenazado, Ione se hallaba tendida á su lado privada de conocimiento.

Pero él no la veia.

Sus miradas estaban fijas sobre un rostro que parecia salir, sin cuerpo ni miembros, de debajo de los fragmentos de la columna despedazada.

Aquel rostro era espantoso por el dolor y la desesperacion que en él estaban pintados.

Sus ojos se abrian y se cerraban alternativamente, como si aun los animase la vida; sus labios se agitaban, pero sin articular ningun sonido. Poco despues, una inmobilidad repentina se apoderó de sus horripilantes facciones, dejándole un aspecto espantoso.

*La profecía de los astros estaba cumplida.*

Aquella cabeza era la de Arbace, cuyo cuerpo habia quedado sepultado bajo la columna.

Así pereció el gran sacerdote de Isis; el Hermes del Cinturon Flamígero; el último vástago de los reyes de Egipto.

Glauco levantó á Ione del suelo y la reanimó.

La jóven abrió sus hermosos ojos, y al ver los cuidados que la prodigaba su amante, estrechó su mano con agradecimiento y amor.

Puestos en pié, se dispusieron á continuar el camino.

Montañas de escombros les detenian en su marcha á cada paso.

Glauco miró hácia el volcan.

En aquel instante una de sus dos gigantescas crestas en que la cima estaba dividida, osciló sobre su base; despues, con estrago espantoso, y en medio de un humo espeso, se precipitó de lo alto de la montaña como un alud de fuego.

Nuevas lluvias de cenizas, mucho mas abundantes que las primeras, esparcieron una nueva desolacion en las calles.

Las tinieblas envolvian aun á Glauco y á Ione, como un velo inmenso.



El ateniense se vió precisado á detener su marcha, y asiendo fuertemente en su brazo y contra su corazon á Ione, se detuvo debajo de la bóveda de un arco.

En aquel momento un hombre robusto pasó, llevando en sus hombros á dos niños.

Era Salvio que no habia podido seguir á los cristianos por hallarse ocupado fuera de su casa en el instante del peligro, y haber tenido que ir á ella en busca de sus hijos, á quienes encontró orando de rodillas, pidiendo por su vida.

Salvio los estrechó contra su corazon, y salió con ellos precipitadamente con direccion á la playa.

La ceniza caia en abundancia sobre los niños, que la sacudian y se cubrian el rostro para no ahogarse.

—Valor, hijos mios, valor—decia el amoroso padre en cada paso peligroso que encontraban, y en que se veia precisado á detenerse.

—Dios va en nuestros corazones, y nada tememos. Unicamente nos comprime el veros abrumado de fatiga por nosotros.

—No hay fatigas para un padre cuando se trata de la vida de sus hijos.

Y Salvio avanzó por entre escombros y cenizas con el valor que solo puede prestar al hombre el amor paternal.

¿Pero llegaria al punto que deseaba sin perder á ninguno de sus hijos, ó perecer él mismo?

Cuando tal vez cruzaba por su mente este pensamiento, escucharon terribles y desesperados gritos que salian del interior de una casa.

Era la misma en que vimos entrar á Estela con su hermano y su esposo.

En aquel edificio vivian ocho personas mas que, como Estela, su esposo y su hermano, trataban de romper la puerta para salir.

Las cenizas habian cerrado la puerta, y los infelices encerrados hacian inútiles esfuerzos para salir.

Salvio y sus niños se estremecieron de terror.

Pero era imposible auxiliar á nadie, y continuaron su fuga.

Los gritos pidiendo socorro de los que estaban dentro, no eran atendidos por nadie, porque detenerse á favorecer, era condenarse á una muerte segura.

Cuando en 1869 se desenterró aquel edificio que estaba situado en la calle de Estabia, se encontraron en el fondo del jardin once cadáveres; entre ellos los de Estela, su esposo y su hermano. El nombre de un esclavo llamado Trason, se veia trazado con punzon y muchas veces, sobre el estuco en lengua griega. Junto á aquellos cadáveres se encontraron pendientes, algunas joyas, una gran cadena de oro que por la hechura parecia á las cadenas etruscas, setecientas monedas de oro y plata, y algunas otras alhajas.

Apenas Salvio habia cruzado algunas varas, cuando tropezó con un cuerpo que estaba tendido á su paso. Salvio fijó la vista en él, y á favor de las devoradoras llamas que en aquel instante arrojaba el volcan, distinguió á una jóven exánime, empapada por el agua, de bellísimo rostro y de formas delicadas. A su lado estaba un hombre que la habia conducido hasta allí en sus brazos, y que descansaba para volver á emprender la fuga, conduciendo á la yerta jóven fuera de la ciudad.

Salvio reconoció en aquel hombre á Salustio.

—¡Huid, señor, huid!—le dijo—no os detengais; la ciudad va á quedar sepultada dentro de pocas horas: dirijíos á la orilla del mar.

Y el amoroso padre desapareció con sus hijos.

Salustio, comprendiendo toda la inmensidad del peligro, se dispuso á tomar en sus brazos el cuerpo helado de la muger que habia conducido hasta allí. Aquella muger era Nicea, á quien vimos arrastrada por un torrente de agua. Salustio, que corria desatentado por la ciudad sin saber á donde dirijirse, la encontró espirante, la sacó del peligro, la tomó en sus brazos, y jurándola religioso respeto, se propuso salvarla. Nicea agradeció interiormente aquella muestra de amor del hombre á quien ella amaba á su pesar; y al ver su respeto y su compasion, se sintió conmovida.

Salustio sentia, al llevar á la virtuosa jóven, una especie de veneracion que jamas creyó sentir por muger ninguna. Acaso experimentaba por la primera vez esa dulce y purísima emocion del verdadero amor, del amor respetuoso, santo, que nos inspira una muger virtuosa.

—¡Nicea, querida Nicea!.....—exclamó al encontrarla conduciéndola hasta allí.—¡Oh!... cuán feliz me consideraré si consigo salvaros!..... Yo, que tanto os he hecho padecer, deseo reparar, con cuanto pueda, las ofensas que hoy me arrepiento de haberos inferido. Si logro que me perdoneis y alcanzo la dicha de que me juzgueis algun dia digno de vos, me tendré por feliz en haceros mi esposa.

Nicea, casi moribunda, no podia manifestar su agradecimiento á aquellas palabras; pero las escuchaba con dulce satisfaccion, porque le revelaban el cambio favorable que se habia operado en el corazon del ser que amaba.

Salustio sintió de repente que el cuerpo de la jóven que conducia se estremeció, quedando en seguida sin movimiento. El arrepentido epicúreo se detuvo entonces temiendo que hubiese espirado Nicea, y al fijar la vista en su semblante, dejó escapar un grito de terror.

La jóven habia cerrado sus ojos, y sus miembros estaban tirantes y helados.

Salustio la colocó en el suelo para abrigarla con su manto, y ver si lograba reanimarla.

En esta ocupacion se hallaba cuando tropezó Salvio con ellos.

Al alejarse aquel hombre del bajo pueblo con sus hijos, Salustio se dispuso á tomar en sus brazos á la huérfana; pero la pared de un edificio que estaba junto á ellos vino á tierra, levantando una barrera entre los dos, y cubriéndole á él con sus escombros.....



## CAPITULO LIX.

EL PADRE DE MARCIO Y PITON.—VÍCTIMAS EN EL CUARTEL DE LOS SOLDADOS. NUEVAS DESGRACIAS.—LA PLAYA.

Muchas horas llevaba el Vesubio de estar en aquella actividad destructora, y todavía se encontraban por las calles grupos de gente cargando sus tesoros, que no acertaban á salir de la ciudad, perdidos en ella, y aumentándose el número de las víctimas.

Tal era el espanto, la oscuridad y la confusion que reinaban por todas partes.

Era ya media noche; pero aunque espantosamente oscura, no ofrecia mas tinieblas que las que habian envuelto á la ciudad en la mitad del dia. La noche habia empezado para los pompeyanos, desde las primeras horas de la tarde, y creian que no iba á terminar jamas.

La devastacion, el fuego, la lluvia de piedras y de cenizas, el movimiento de la tierra, y el negro manto que cubria el cielo, les hizo imaginar que habia llegado el instante espantoso del fin del mundo.

Por donde quiera que se pasaba, no se veian mas que cadáveres, envueltos en la ceniza y en las escorias que arrojaba el volcan.

Tiernas madres, abrazadas de sus hijos, espiraban cubriendo á estos para que no aspirasen los mortíferos gases y la caliente ceniza en que al fin quedaban unas y otros sepultados.

Pero el Vesubio no parecia satisfecho aún con los estragos que habia causado. Se hubiera dicho, al ver el furor con que seguia vomitando de su profundo seno las llamas, las piedras y los torrentes de agua, que trataba de destruir la naturaleza entera.

Horrorosa era la muerte de los desgraciados que perecian en medio de las calles asfixiados por una atmósfera impregnada de gases deletéreos; pero todavía era mas espantosa la